Luis G. Martin

El uso literario de la venganza

La satisfacción de muchos de nuestros deseos y tendencias comporta por lo general tal cúmulo de riesgos que —«sabiamente»— desechamos su realización última, optando por su olvido, su represión, su parcelación utilitaria, o incluso su, no obligadamente feliz, transformación en creaciones artísticas. De todas estas posibilidades de saludable autoengaño, es

la tercera la que a veces no sólo nos reporta una terapia individual, sino que también llega a extender sus efectos benéficos a la colectividad. Y ya en tal vía, la literatura parece quizás el desaguadero más idóneo para las pasiones cultivadas en sentinas e inconfesables de forma explícita. Existen cientos de ejemplos magníficos de cómo materializar con dignidad esa tendencia a reconvertir en galeradas nuestros peores-mejores impulsos, pero también permanecen en la historia de la literatura miles de pruebas de cómo la cochambre individual e íntima no deja de serlo por el mero hecho de quedar «eternizada» en papel y tinta.

Por suerte, estos días podemos tener encima de nuestra mesa de lectura una muestra de la primera de las posibilidades citadas, la novela La dulce ira de Luis G. Martín, autor tan atrayente como saludablemente tímido ante las prensas y no muy prolífico. En este trabajo Martín, ya descollante con

su anterior libro Los oscuros, nos enseña cómo plasmar uno de los sentimientos primigenios del hombre: la venganza —y su inevitable cómplice: el rencor— en una trama novelesca ensamblada por una valoración poco pacata de la violencia. Al socaire de la idea de que todos somos vengativos y rencorosos, y de que la venganza, además de un sentimiento adánico, puede ser -y esun motivo de creación literaria, el escritor viene a defender en sus líneas algo que por desgracia, y a causa de entontecedoras influencias pacifistas, hemos olvidado en los últimos tiempos: el hecho de que a veces es muy difícil cambiar situaciones injustas sin violencia, y por ello, sobre la resistencia pasiva o la resignación mística, hay que optar por la venganza a través



La dulce ira Luis G. Martin Alfaguara

de cualquier vía, hasta la artística. Desde esta posición radical contra la hipocresía, Martín profundiza en el problema enunciado para llegar a la conclusión, tan real como desesperante, de que ni siquiera la venganza total materializada en el asesinato colma los deseos de destrucción y creación del hombre,

ser al tiempo servil y prometeico que jamás logra paliar con firmeza sus insuficiencias, sus desgarros y sus incertidumbres.

Ambientadas en una evocación del siglo XVI —época clave del antropocentrismo— que protagoniza un simbólico hidalgo granadino representativo de las desazones internas del hombre intemporal, las páginas de La dulce ira rebaten la tesis de que el desarraigo y la maldad del individuo son hoy mayores que en el pasado, y nos recuerdan que ambos son inherentes a lo humano y han existido siempre. Novela de corte histórico, construida con un lenguaje arcaizante derivado con tino del castellano del siglo XVI, más sin afanes de reconstrucción académica, La dulce ira trasluce que todo individuo vengativo termina por estar no sólo agobiado por la sociedad, sino igual y decisivamente por su propia existencia, presenta unos episodios lógicos dentro de su trama, y evidencia una prosa de esmero, a jalones hilada con cierta métrica poética y musicalidad de endecasílabos. Así, alrededor de un protagonista atormentado y tortuoso, Martín enhebra una narración en la que el resto de los personajes son un catálogo-retablo de vicios y crueldades, con un poso de escenografía clasicista y escaso porcentaje de descripciones; primando al final la acción dramática sobre las pautas de pensamiento. Tiempo de descubrimiento de nuevas tierras y culturas, centuria de deslumbres y círculo trazado en derredor de la figura humana, el siglo XVI recreado por el autor para su obra no sólo cobija sin chirridos a los personajes soñados por éste, sino que coincide con nuestros años presentes en la ambivalencia característica de los individuos resentidos: gentes que se dibujan a la par como vengadores quijotescos y débiles, y como seres irremediablemente sufrientes.

Obra pues insertada en un proceso de madurez narrativa, La dulce ira nos ofrece a un Luis G. Martín felizmente emperrado en jugar literariamente con los sentimientos esenciales y en remozar un lenguaje que, como el castellano, ha sido ya en exceso castigado durante décadas cercanas por el empobrecimiento utilitarista, la gazmoñería realista y el coloniaje de insulsas lavandas anglosajonas. Y por ende nos remacha que, las más de las veces, los principales interesados en que digamos no a la violencia son, con toda claridad y desparpajo, los injustos.

JUAN MANUEL GONZALEZ